

y de patrioterros falsos;
 pues pésele á quien le pese
 siempre será Don Hernando
 Cicerón por sus discursos,
 por su espada un Alejandro,
 y asombro de las edades,
 y orgullo de castellanos.

III

La escena

DIEZ años cuenta tan sólo
 de conquistada la tierra,
 y no diez, sino cien veces
 en ellos pudo perderla
 la corona de Castilla,
 tan orgullosa de ella
 que la juzga con razón
 la más escogida perla.

y no hay modo de negar
 ni aun de dudar que lo sean:
 ¿quién otra vió más hermosa?
 ¿quién otra miró más bella?
 Dos mares bañan sus costas,
 y en armónica cadencia

las olas su amor le cantan
y con cariño las besan.

Con sus suaves abanicos
la saludan las palmeras,
formando tupidos bosques
en que el sol sus rayos quiebra.
De los verdes platanares
bajo las hojas inmensas,
el céfiro con las brisas
en amores se recrea,
y tal música producen
sus dulcísimas endechas,
que en ellas su canto aprende
el zenzontli de las selvas.

Cruza la etérea región
de su azul y limpia esfera
el ligero colibrí,
cuyo plumaje semeja,
por el metálico brillo
de sus plumas hechiceras,
rico joyel de una dama,
formado de ricas piedras.
¿Quién puede contar las aves
que el monte y el bosque pueblan,
todas luciendo las galas
que les dió naturaleza?
Otros tantos arcos-iris
unas al volar semejan;
en el nácar de la aurora
parecen otras envueltas;

y sorprendida la vista
de tanta y tanta belleza,
al verlas volar parece
que es un jardín el que vuela.

¿Y qué diré de las notas
dulcísimas que gorjean
en celestiales conciertos,
tan primorosos que suenan
como en copa de cristal
menuda lluvia de perlas?

Maravillosa región,
grata americana tierra,
en cuyos climas reside
perpetua la primavera.

Maravillosa región,
en cuyas entrañas llevas
abundante plata y oro
en inagotables vetas;
que entre tus piedras preciosas
y más exquisitas, cuentas
el ópalo matizado,
la hermosa y azul turquesa,
el bello y rojo granate,
la amatista violeta,
y los mármoles y jaspes
de más suprema belleza.

Maravillosa región
en cuyas feraces tierras

cualquiera fruta es sabrosa,
preciosa cualquier madera,
y el encino y liquidámbar
forman admirables selvas!

Maravillosa región
que hasta las nubes elevas
las cimas de tus montañas
que corona nieve eterna;
maravillosa región,
¡bendita, bendita seas!

Entre tus mayores glorias,
la más grande, la primera,
es la de la Aparición
de aquella Señora excelsa
que contigo quiso hacer,
como dice la leyenda,
lo que *no hizo con ninguna
otra nación de la tierra.*

¿Cuán oportuno milagro
fué la maravilla aquella
que trocó el árido invierno
en florida primavera!

Desorden y confusión,
venganzas viles y arteras,
asesinatos crueles,
sacrilegios y blasfemias;
hé aquí lo que imperaba
en la mal regida tierra

conquistada por Cortés,
sin igual en las proezas.
Chirinos y Salazar,
Nuño y la primera Audiencia,
sus tiránicos gobiernos
y su indómita fiereza
llevaron á tal extremo
con abuso de la fuerza,
que la opresión superaron
de los señores aztecas.

En vano el cristiano celo
de Fray Martín de Valencia
quiso á aquellos oponer
valla, obstáculo, barrera;
en vano el Santo Zumárraga,
gloria y honra de la Iglesia,
hizo lo que Fray Martín
con Guzmán y con la Audiencia.
A uno y otro atropellaron
aquellas humanas fieras,
cegadas por su rencor,
cegadas por su soberbia.
Con los oídos cerrados
á las lastimosas quejas
de los infelices indios,
que con crueldad tremenda
el bárbaro encomendero
maltrata cual viles bestias,
nada escuchan, nada atienden,
nada ni á nadie remedian,

si su ambición desmedida
el delincuente contenta.

En vano el primer Obispo
en nombre del Rey se queja,
y les dice que el Monarca,
dueño y señor de la tierra,
quiere que á los naturales
con predilección se atienda,
que no se les esclavice,
que no se les haga afrenta
robándoles sus mujeres,
ni entrando á saco en su hacienda.

Todo fué inútil: la infame
codicia y sed de riquezas
de aquella malvada gente
nada acata ni respeta,
ni al protector de los indios,
ni á la majestad suprema
del monarca, pues repiten
que por grande que éste sea
es más grande la distancia
á que el monarca se encuentra,
y á tal distancia los golpes
de su cólera no llegan.

El Obispo acude entonces
á la majestad excelsa
del Omnipotente Dios,
que en todas partes se encuentra,
y en su nombre los reprende,

y sus abusos condena,
y les excita á hacer alto
en la malvada carrera
de impiedades y de abusos
á que se lanza la Audiencia;
pero tampoco le escuchan
ni le acatan, ni respetan,
y á sus palabras de paz
con mil injurias contestan,
y de los diezmos le privan,
y el santo asilo desprecian,
y maltratan y dan muerte
á cuantos auxilio prestan
al Electo venerable
contra la terrible Audiencia.

En vano el Obispo impone
las eclesiásticas penas
á aquellos hombres inicuos
que así ofenden á la Iglesia.
De la excomunión se burlan,
á Obispo y clero atropellan,
y á lanzadas sobre ellos
se arroja la soldadesca.

Tan horrible sacrilegio,
acción tan infame y negra,
hace á los indios dudar
del prestigio y de la fuerza
de la nueva Religión
implantada en estas tierras.

El destronado Luzbel,
 con maña infernal y fiera,
 satisfecho de su obra,
 de nuevo intenta hacer presa
 de sus maldecidas artes
 las vacilantes conciencias,
 y sus ídolos horribles
 de entre el polvo desentierra,
 á la vista los ofrece
 de la indiada, y la amedrenta,
 diciéndole que en su culto
 hallarán la sola estrella
 capaz de poder guiarlos
 á través de la tormenta.

Todo, en efecto, parece
 que á la perdición eterna
 de estas regiones conspira,
 pues donde quiera se elevan
 gritos que á la rebelión
 provocan con saña fiera.

Nadie seguro se cree:
 todos encima contemplan
 el horrible cataclismo
 que ha de acabar con la tierra
 y el dominio del Monarca
 debe de borrar de ella.

Cierto es que Hernán Cortés
 ha vuelto; pero la Audiencia,

sin atención á sus méritos,
 hácele también la guerra,
 y aun la Emperatriz de España
 añade fuego á la hoguera;
 ordenándole se esté
 de la capital á fuera,
 injusticia sin ejemplo,
 cruel é inmerecida ofensa.

Pero ¿quién de la calumnia
 miserable se liberta?

Aun al obispo Zumárraga
 salpicó su baba infecta,
 y en recompensa del celo
 que demostró en la tarea
 de proteger á los indios
 y de ensalzar á su iglesia,
 con especiosos pretextos
 se le saca de la tierra,
 pues presentarse en España,
 sin dilación se le ordena.

Pero en medio de la noche,
 que extiende sus sombras densas,
 de la cristiana esperanza
 brilla la fúlgida estrella;
 y en las manos de Juan Diego
 la misericordia eterna
 va á tornar del Tepeyac
 la cima rugosa y yerma

en milagroso jardín
de las cristianas creencias,
trocando el árido invierno
en florida primavera.

IV

Juan. Diego

MA primera luz del alba
suave, apacible, indecisa,
en claro fondo recorta
los picos de las colinas,
sobre los cuales elevan
sus siempre nevadas cimas
Popocatepetl grandioso,
magnífico el Yatlacihuatl.
Murmuradoras y frescas
corren el valle las brisas,
y al pasar sobre los lagos
sus azules aguas rizan
en ondas que mansamente
van á morir en la orilla.

Entre las hojas de plata
de la alameda vecina,